

Raúl Guerra Garrido

Tantos inocentes

Alianza Editorial

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© 1996 Raúl Guerra Garrido
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 913938888
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-9945-5
Depósito legal: M. 2.540-2015
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

Las almas en pena
castiguen a los habitantes de esta casa.
Por negarles hospitalidad en vida,
sean sus vecinos en la muerte.
Cumplamos con la ley.

JULIO LASO BARRIOLA,
Cantigas de Febrero

UNO

CONTEMPLAS SU ROSTRO Y una vez más, como en todos los prolegómenos de un proceso que ineluctablemente ha de concluir con tu veredicto, tratas de fijar sus pupilas: quien no comprende una mirada tampoco entenderá una larga explicación. Parece sincero, pues su gesto es el de un alma atormentada por la culpa, pero su sinceridad tiene un origen oculto, oscuro, difícil de interpretar. No es el de la venganza y eso va a instalarse como un grave inconveniente en tu raciocinio.

Para Saturnino Beldarrain Iribarne todo empezó de nuevo cuando, tras una breve pausa oyendo gotear el tiempo contra el parabrisas, alguien le metió en los ojos la luz de una linterna. Es duro reconocerse en la condición de hombre, tan frágil. El hombre es un objeto frágil e irrepetible, sobre todo frágil; lo irrepetible puede difuminarse en falsas generalidades, moreno, avaricioso, sedentario, calvo, transportista, flemático, concupiscente, accionista de Lizarraga, S. A., socio de la Real, oriundo de Eibain, cosas así, genéricas y remediables, pero la fragilidad es justo lo contrario, unívoca y sin remedio. El hombre es un objeto sumamente fácil de destruir, lo destruye el nápaln, un virus resistente a los antibióticos, el vencimiento de una letra, el hambre, el colesterol de una dieta desmesurada, el filo de una navaja, la muerte de un ser querido, la convivencia con los seres queridos, la trayectoria de un proyectil de 9 milímetros parabellum, un bastonazo en la base del cráneo, un paseo en coche tan rutinario como éste y en el cual confío mi alma se libere. Todo aquello susceptible de lograr cierta densidad,

rapidez o emoción puede fulminar al hombre: en mi caso se trata de la culpa, una culpa que poco tiene que ver con la que me atribuyen y por la cual van a castigarme de nuevo. La lluvia golpea rencorosa contra el parabrisas y contra mi atribulado espíritu. Sin cesar llueve sobre los pinos, sobre los helechos, sobre el asfalto, sobre el tronco del árbol que se cruza en la carretera atravesándola de una cuneta a otra e impidiendo la circulación. A la vista del corte era fácil de deducir: no lo había derribado el viento, sino alguien con intenciones asesinas. Nada más ver tan predecible obstáculo supe lo que iba a pasar, como si ante mí se hubiera aparecido no un corro sino un coro de brujas. «¿Cuándo volveremos a encontrarnos en el trueno, los relámpagos o la lluvia?» Detuve el Land Rover sin intentar la huida, no merecía la pena. «Revoloteemos por entre la niebla y el aire impuro.» Así aparecieron, como endriagos, sombras surgidas de las sombras. Una de ellas me deslumbró con la luz de su linterna; el barro amortiguaba el ruido de sus pasos y una vez apagado el motor sólo la furia del agua se dejaba oír en el bosque circundante. Es curioso, con la lluvia desaparecen todos los cánticos nocturnos, desde el del borracho al del búho real. Nada dijeron las sombras y yo también guardé silencio. Por detrás de los faros del L.R. Apache ninguna otra luz iluminaba el paisaje. Habían sabido elegir el lugar y la hora, a partir de las once de la noche nadie circula por las rampas del Estribo. La luz que me cegaba era la de mi culpabilidad, pesadumbre insoportable. Intento no pensar

en nada y los recuerdos acuden en tropel, alucinados, coreados por las teatrales brujas de mi imaginación: «No cesen, no cesen los golpes, aunque duela que hierva el caldero y la mezcla se espese». Lo matamos a golpes y yo pude evitarlo con la misma facilidad con que evité declarar quién asestó el golpe definitivo, inútil estratagema, puesto que la verdad es una cuestión de tiempo, el que aquí concluye.

Sólo en febrero podía ocurrir semejante desdicha, en el decimosegundo mes del año romano, mes de muerte y lustración, el más corto para abreviar su nefasto influjo, el más traidor de los fríos invernales. Un ritmo acompasado que acelera su altura sonora hasta percutir como el trueno, una tormenta apoplética, maníaca, obsesiva según los bastones golpean cada vez con más fuerza en el suelo. En la noche de la víspera de Santa Águeda o Santa Daguea, virgen y mártir, cuyo nombre es sinónimo de bondad e inviolabilidad y cuyos cortados pechos tuvieron tantos destinos como historiadores comentan su martirio. Cumplamos con la ley. La tradición celebra la noche de la víspera con canciones salmódicas, los pastores visitan las casas solicitando el óbolo de la fiesta, huevos, chorizo y pan, y ante la puerta de cada hogar el cántico celebra el acontecimiento del año, con un *kyrie eleison* si es de luto. Un ritmo de marcha acompasada, el ritmo que marcan los golpes de vara, de maquila, de cualquier palo contundente. La tradición es una excusa, ya no quedan pastores y, los que se disfrazan de tales, lo que piden es dinero. Ni siquiera se pide ya la limosna, el disfraz

es una excusa para salir de farra. Un ritmo creciente, obsesivo, que sobrepasa la intención de la letra peor intencionada que he oído en mi vida y se pierde en lo más oscuro y morboso de cada uno. Así lo sentí, como algo enloquecedor, como una loca borrachera en la que era tan dulce abandonarse. Fue un crimen horrendo. Mucho antes la habíamos cantado a gritos, vareando el suelo como energúmenos y dejándonos llevar por su fascinación rítmica: «Las almas en pena castiguen a los habitantes de esta casa. Por negarles hospitalidad en vida, sean sus vecinos en la muerte. Cumplamos con la ley». Puede que estas almas errantes que ahora me visitan no tengan más intención que la de la última estrofa, por eso quizá debieran entonar un *kyrie eleison*. Me sorprende que no resuenen las maquilas contra el suelo, aunque en este barrizal, cualquiera sabe. No puedo verles porque me deslumbran, ni oírles porque nada dicen, pero sé quiénes son y de qué me acusan. No me liberaré como la vez anterior en que también me metieron la luz de la linterna en los ojos y pudieron contemplarme abrazado al cuerpo sin vida de Martín. Antes de frenar me aulló la piel entera, como a los perros que presienten la catástrofe. Si me libré, si nos libramos, si nos dijeron «pueden irse, circulen», es porque se trataba de otras personas, armadas, uniformadas, paradójicamente no vengativas, quizá no muy meticulosas por obsesionadas en otra búsqueda. Que Martín, con quien no mantuve ningún vínculo particular de favor o encono, al que apenas conocía de vista, de poco más, se interfiriera

en mi vida de forma tan decisiva es algo que no alcanzo a comprender, salvo que lo asuma como una parábola de mi culpa, mi grandísima culpa; como si, a su través, deseara autoinfligirme un castigo mucho más penoso que el que la sentencia judicial me ha concedido; como si mi madre hubiese levantado la cabeza para decirme: «¡Basta ya, perjuró!». La de Martín fue una muerte que no hacía al caso, totalmente accidental, que podía haberse evitado con un par de copas, o con una sonrisa o con un tortazo a tiempo, y por lo tanto tan estúpida como horrible. Y en lo hórrido había participado yo por omisión, no se me ocurrió lo de las copas, ni tampoco sonreírle. Creo que ni siquiera le sacudí una torta. Martín era un tipo anodino que no me caía ni bien ni mal, un tipo cuyo indescriptible aspecto físico, no muy alto, no muy grueso, no muy feo, corría paralelo a su impredecible catadura síquica, no muy oportuno, no muy simpático, no muy sinvergüenza. Lo único que sabía de él a ciencia cierta era el oficio, policía municipal, por el uniforme y no por otra cosa. Y que murió de paisano.

Sé quiénes son y les envidio, dichosos ellos si no tienen nada que ocultar, nada más que lo ocultado en el juicio, quiero decir. El hombre es tan frágil como un vidrio sin blindar, cualquier impacto lo triza, pues apenas si resiste el más mínimo choque de palo, de piedra, de bala; y de todos los impactos posibles es el de la culpa contra el que se encuentra más desguarnecido; no hay perdón sin penitencia y me dispongo a asumirla. No opongo resistencia a la impe-

riosa mano que me empuja y salgo al exterior. Cuando alguien apaga los focos del Land Rover una oscuridad sin resquicios nos envuelve. Agradezco la húmeda caricia de la lluvia en mi rostro y trato de aparentar calma, de facilitarles la operación. «De acuerdo, chicos, pero daos prisa que os estáis calando y os vais a perder el final del partido contra el Depor.» No llegarán a tiempo ni aunque haya prórroga y desempaten a penaltis; la noche nos está pasando por encima. Nadie responde a mis palabras, pero sé quiénes son, nos conocemos desde hace tanto. Mi crimen es más abominable que el suyo, también procede de mucho antes y consiste en faltar a mi palabra ciñéndome a ella pero traicionando su espíritu. Lo más abominable es que hasta el fallecimiento de Martín jamás me había apercibido de tal traición, ni mucho menos me había sentido culpable de nada. Tampoco, ni en sueños, mi madre había levantado la cabeza para recriminarme por haber faltado a la promesa que le hiciera en su lecho de muerte. La toma de conciencia me llevó a una situación límite insoportable, por eso confesé. Lo hice voluntariamente y cuando ni siquiera sospechaban de mí, al menos de una forma especial, protagónica, para, con el castigo merecido por mi omisión con Martín, redimirme de mi más secreta culpa, de tan sórdida indecible hasta para mí mismo.

Si pudiera pensar en la nada, en si existe vida por encima de las estrellas que no veo. Cuando dicen «cumplamos con la ley» lo que quieren decir es hagamos justicia, y es lo

que van a hacer, a su modo. Frecuentemente la verdad suele ser lo contrario de los rumores que circulan acerca de los sucesos y de las personas y raramente la verdad judicial coincide con la verdad histórica, sobre todo cuando el argumento probatorio de cargo es testifical, el relato de un hombre frágil e irrepetible. Por subjetivo, todo relato es ficción, puesto que no hay mayor presunción de inocencia que la que uno mismo se concede, incluso cuando quiere exponer la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Un mundo de personas absolutamente sinceras sería tan cruel como un mundo de sadomasoquistas; la verdad es un ácido corrosivo que también salpica al que lo maneja y su búsqueda es fuente inagotable de desgracias, tal y como aquí está ocurriendo.

Estamos en las proximidades de Medimanga, como si repitiendo la escena pudiéramos corregir el pasado, pero si sólo alumbran mis ojos, si no apuntan al suelo, va a ser difícil descender hasta el río en esta noche de boca de lobo. El pinar no es muy tupido, pero el monte bajo sí; ya ni se cortan los helechos y a tientas no va a ser posible atravesarlo. Con la dificultad añadida del barrizal, mis zapatos de goma no son los más adecuados para estos andurriales. El que el castigo se lleve hasta sus últimas consecuencias es algo que en el fondo me alivia, no soporto tamaña pesadumbre. Como también fue un alivio llegar al final del proceso: «El juicio va a terminarse, ¿quiere usted añadir alguna cosa con relación a los hechos enjuiciados?». Quizá todo recuerdo sea

una ensoñación poco fiable, pero con respecto a aquellos hechos nada más quería puntualizar y nada añadí, eran otros los que me obsesionaban y a mí sólo concernían. Llueve, para mí nunca dejará de llover. Con estos zapatos me crismo, el descenso va a ser un penoso calvario. Aguantando el tipo; asumida la circunstancia, la única duda que me atormenta se divide en dos preguntas: una inquietante, ¿habrá vida más allá de la Vía Láctea?, y la otra más inquietante todavía, ¿qué va a ser de Irene?

Dos

SUPONES QUE SE ESTÁ APROXIMANDO a la realidad. Asumes que no siempre la verdad es verosímil y que todo lo que ocurre es posible. Los hechos son lo que son y no otra cosa, algo definitivo, petrificado, fijo en su esencia y sin remedio una vez se producen. Cuentas con un único hecho objetivo, la existencia de un cadáver, un hombre muerto a palos, y con que dando palos de ciego averiguarás hasta qué punto sus palabras te aproximan a lo sucedido. Te armas de paciencia.

ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA.

HECHOS PROBADOS. ÚNICO:

En la noche del 5 al 6 de febrero, y en el curso de la animación derivada de las populares fiestas de Santa Águeda, se encontraban varias personas frecuentando los bares en el barrio de Larzábal del Ayuntamiento de Eibain. El ambiente era festivo, con bromas y cánticos, consumiéndose bebidas alcohólicas por los que allí se encontraban, que en gran parte y con anterioridad habían cenado por grupos en restaurantes del entorno.

Con estos antecedentes, sobre la 1,00 hora del día 6 de febrero se inician en el interior del bar El Riojano, sito en el mencionado barrio de Larzábal, una serie de bromas que recaen en Martín Otazu Urrutia, a la sazón policía municipal y vecino del mismo barrio, el cual ni estaba de servicio ni vestía de uniforme.

Martín para entonces presentaba síntomas de una importante ingesta de bebidas alcohólicas, y en contra de su voluntad quedó encerrado en el interior de un círculo de personas compuesto por los procesados: Saturnino Beldarrain Iribarne, Leandro Mendizábal Arana, Jon Juantegui Elósegui, José Antonio Zubiaurre Martínez, Juan Manuel Arrizabalaga Uría, Bruno Jáuregui Apezteguía y Graciano López Malo. Todo este colectivo comenzó a hostigar a Martín Otazu con empujones, pescozones, pellizcos y de otros diversos modos. Así, Juan Manuel Arrizabalaga, con una maquila de madera semejante a las que se emplean en la festividad de Santa Águeda y del diámetro de una moneda de 50 pesetas aproximadamente, azuzó a Martín, que seguía en el interior del círculo, ante las risas de todos. Este golpe le rompió el tabique nasal.

Otra persona, inidentificada, cogió unas tijeras de esquilar lana y con ellas intentó y consiguió, ante el regocijo de todos, que gritaban «córtale más» y «córtale la oreja», y «mejor cápale», cortar mechones de pelo de Martín que estaba inmovilizado por Jon Juantegui, Leandro Mendizábal y Graciano López, no sin producirle simultáneamente cortes en el cuero cabelludo.

Ante las protestas de Martín, Zubiaurre Martínez le prometió llevarlo a casa si antes coreaba con ellos una de las canciones de Santa Águeda. Dado su estado de embriaguez y nerviosismo, Martín no pudo emitir palabra alguna, lo cual excitó los ánimos de los allí presentes. Fue entonces cuando Leandro Mendizábal le propinó una patada en el vientre diciéndole: «canta, cabrón». De resultas de este golpe, la víctima vomitó y sufrió un leve mareo.

Seguidamente y sin que puedan individualizarse acciones, pero en todo caso siendo éstas efectuadas por las personas integrantes del círculo antes referidas, se saca de la cocina un leño encendido y un fuelle, este último objeto en algún momento lo llevaba Juan Manuel Arrizabalaga, en tanto que Leandro Mendizábal hacía lo propio con un atizador de hierro, objetos todos utilizados como instrumentos de las agresiones que se le inferían a Martín Otazu, golpeándole preferentemente en cabeza y cara y también en el resto del cuerpo. A resultas de uno de estos golpes Martín perdió su diente canino superior izquierdo, circunstancia que se comentó con la siguiente frase: «en boca cerrada no entran roscas».

También fue despojado de sus pantalones y ropa interior, quedando desnudo de cintura para

abajo, mientras alguien decía «vamos a marcar al cerdo» y apagaba un puro encendido en su glúteo derecho. Simultáneamente se le ridiculizaba con chistes ad hóminem referidos a su constitución física. Todas estas acciones no eran consentidas por Martín Otazu Urrutia, que trataba de resistirse al zarandeo y de salir del círculo, lo que le era impedido por los procesados citados con sucesivos empujones que le desplazaban de un lado para otro.

En una de las dos ocasiones en que intentó escapar por donde se encontraba el procesado Saturnino Beldarrain, éste se lo impidió poniéndole la zancadilla, con la consecuencia de volver Martín al centro del corro, donde continuaron los zarandeos. Fue en esta situación cuando poco después Martín Otazu recibió un fuerte golpe en la región occipital propinado con la maquila o el atizador, sin que pueda precisarse quién lo empuñara en ese momento, pero en todo caso por uno de los que formaban el círculo.

A consecuencia de dicho golpe, propinado por un objeto romo inespecífico, tuvo un intenso hematoma que afectó en la parte postero-inferior del parietal derecho, una fractura con hundimiento triangular del cráneo que le produjo una copiosa hemorragia meníngea.

Cesaron las risas y ruidos, el círculo se abrió y salió Martín Otazu tambaleante hacia la próxima barra del bar, sangrando abundantemente por la parte de atrás de la cabeza. A la vista de ello Saturnino Beldarrain le limpió la sangre con su pañuelo tratando de cohibir la hemorragia, acercándolo después a las escaleras interiores del bar donde lo dejó sentado, desnudo de cintura para abajo y gimiendo. Toda esta situación descrita transcurrió aproximadamente en una hora y media, en un clímax calificado como distendido aunque un tanto ruidoso, con el bar repleto de gente y sin que al parecer ninguna persona, ni camareros ni parroquianos, se apercibiera del hecho.

Los procesados continuaron alternando y poco después, sobre las 3,00 horas de la madrugada, Juan Manuel Arrizabalaga y Graciano López Malo comunicaron al resto del grupo que Martín Otazu no se encontraba bien. Ante esto, José Antonio Zubiaurre, Leandro Mendizábal, Bruno Jáuregui y Saturnino Beldarrain sacan a Martín Otazu desde el interior del bar a un escaño exterior de la plaza para ver si al aire libre se le pasaba el mareo.

Seguidamente Bruno Jáuregui fue a por la furgoneta Vanette Cargo 500 de su propiedad, con in-